



XIV

CON razón Miguel estaba ¡estupefacto!... Creyó volverse loco ante aquel suceso inaudito, inverosímil.

Cada soldado, oyendo silbar las balas en torno suyo y viendo caer compañeros á su lado, disparaba su arma sin saber adonde, creyendo tener al enemigo á su alrededor, en todas partes; y lo peor era, que no había ni por donde huir, perdidos como estaban en el fondo de la selva.

En tanto, á su frente, reaparecía el enemigo y tornaban á alzarse feroces y terribles aquellos extraños gritos de guerra:

—¡Viva el Gran Poder de Dios! ¡El Poder de Dios nos valga!

Un joven recluta, apenas de dieciocho años, aga-

zapado tras de un árbol, se batía y gritaba también furioso y heroico:

—¡Viva el 9.º batallón! ¡A nosotros que nos valga nuestra Señora de Guadalupe!

El enemigo, oculto perfectamente tras de los pinares, prosiguió avanzando de árbol en árbol y de roca en roca, saltando con una agilidad prodigiosa, precipitándose como tigres en medio de la granizada que tronchaba las ramas y hacía saltar en astillas las piedras.

Ya se empezaba á ver aquellos hombres altos y melnudos, de pantalones remangados, blusas blancas cruzadas por cananas, y sombreros de paja con lienzos blancos también.

Se les descubría al frente, saltando de un lado á otro; á veces solo se veían asomar entre el ramaje, los cañones de acero de las carabinas que envolvían el árbol en una nube de pólvora.

Aquel heroico soldadito apuntó á un hombre que á unos ocho pasos de él, hacía fuego; pero éste, de un gran salto, quedó á su frente, y allí á boca de jarro, le disparó en el pecho la carabina. Cayó el soldado de espaldas, y en ese instante, una bala rompiendo la rodilla de su enemigo le hizo caer á su lado; inmediatamente se incorporó éste preparando su arma; pero al ver que el moribundo, haciendo el último esfuerzo, le apuntaba aún vagamente, sin poder tirar del llamador, le apuntó á su vez, descargando de nuevo sobre él su carabina en el instante en que el otro lograba disparar también su fusil.

Los dos valientes quedaron muertos instantáneamente, uno al lado del otro.

Si hubiesen entonces seguido el movimiento de avance, los combates cuerpo á cuerpo hubieran seguido, con ventaja de los federales; pero ya la desorganización era completa.

Las tres secciones de la primera columna estaban mezcladas y ocupaban un gran espacio, por lo que no escuchaban las órdenes, sino unos cuantos.

Era imposible verdaderamente seguir adelante en aquel desorden, aunque se conocía que el enemigo, escasísimo en número, podía ser arrollado si se intentase un empuje; pero el desaliento y el cansancio eran inmensos, y sobre todo, hacían fuego sobre las secciones, á su retaguardia y las balas en todas direcciones silbaban.

En el momento en que el capitán Molina, jadeante de fatiga, con el rostro enrojecido; con voz apenas inteligible por la cólera, gritaba dando órdenes, un sargento le comunicó muy conmovido, que el teniente Pablo Yepes que mandaba la primera sección, estaba herido de muerte.

Casi al mismo tiempo se retiraba del combate el subteniente Delgadillo, con una pierna atravesada por una bala.

Este valiente oficial, heroicamente animaba á su sección, cuando fué herido al lado del cadáver de un sargento segundo.

Castorena, enfurecido, corría de un lado á otro,

haciendo volver á su puesto á los que lo abandonaban, multiplicándose en medio del desorden, sublime verdaderamente en la ira noble que manifestaba.

—¡Pero con una *caramba*, que no nos sigan tirando aquellos brutos!

— Oh! nos estamos fusilando nosotros mismos! ¡Qué sucede pues!—le contestó Miguel admirado de aquel valor que no le suponía.

Y era, en efecto, que aquello se convertía en una catástrofe espantosa.

El fuego á retaguardia aumentó, y como caían heridos y cadáveres, y como no se obedecía á nada ni á nadie, se hizo sentir un terror pánico.

Los soldados en dispersión, principiaron á huir arrojando las maletas.

¡Era el sálvese el que pueda!... ¡la derrota!

La consternación contagiando á los más animosos, hizo retroceder á toda carrera y sin rumbo fijo á los soldados, que se reunían temblando y azorados, en los sitios más lejanos del cruce de las balas.

Miguel en aquel instante crítico sintió un arranque de suprema indignación y suprema cólera.—¡Ah! con que así se perdían las batallas y era la explicación de las hecatombes! ¡No era esa la guerra con que había soñado al leer la historia de las grandes campañas históricas!

Tuvo al fin que retroceder, él también, contaminado por el temor, en tanto que allá en lo alto, la sección

que les hacía fuego se retiraba en desorden, suspendiéndolo.

Castorena, de pie sobre una roca, sin kúpis, agotados sus cien cartuchos disparados pródigamente, blandiendo feroz su carabina, loco, amenazaba *romperles el alma* á los que corrían, los que no le hacían caso, perdida toda moral y disciplina en el vértigo de la derrota.

—¡No corran, no corran! ¡Media vuelta y á ellos! ¡Viva el noveno!

Miguel, enternecido y avergonzado, pasó junto á él abrigándose tras de la peña que le servía de pedestal, tratando de convencerle de su inútil temeridad.

El no le hizo caso y llorando de rabia:

—Vengan, vengan acá, en campo raso, ¡cobardes!—repetía, completamente ronco.

¡Había que ver á aquel bravo muchacho desgarrado y polvoroso, de pie sobre su roca, erizados los rojos cabellos, con las lágrimas en los ojos, haciendo molinete con su carabina, entre espesísima nube de pólvora!... ¡Había que verle!...

El capitán Molina había logrado reunir entre los que retrocedían, algunos valientes que formaban tras compacto grupo de arbustos, un núcleo de defensa, una fortaleza heroica que acogía á los que quisiesen resistir.

—¡Eh! ¡Castorena, Mercado, por aquí, *agáchense, agáchense!*—les gritó.

Y al fin los dos, uno tras otro, con la carabina en la mano, corriendo de abrigo en abrigo, remontaron el

cerro, oyendo los gritos salvajes de ¡Viva Nuestro Señor Jesucristo! ¡Viva María Santísima!

En el improvisado reducto en que se defendía aquel pelotón de soldados, se hacía con ventaja muy dura resistencia. Cerca de él había tres cadáveres de *tomo-ches*.

Por entre las piedras y rocas, amontonadas naturalmente entre los troncos de los pinos que se elevaban rectamente hacia el cielo, se veían los kúpis y los cañones de los fusiles que centelleaban á los rayos del sol que penetraba á través del alto ramaje, cuyas hojas descendían despedazadas por las balas enemigas.

Al fin lograron llegar y Miguel, extenuado, se echó en el suelo, decidido á que le mataran allí, pero descarriando un poco.

Sentía un calor de infierno y sudaba á chorros. Hubiera dado su porvenir en ese instante por un trago de agua.

Eran las once del día.

Allí, arrodillados ó *pecho á tierra*, quince ó veinte soldados, cuatro oficiales y el capitán, hacían fuego, cazando á los enemigos que podían ver; pero estos ó habían retrocedido, ó cargaban sobre la 2.<sup>a</sup> columna que debía estar á un costado, pues hacia ese rumbo, el traqueteo de las detonaciones redoblaba.

Un grupo de hombres de aquella, pasó á lo lejos, huyendo entre los árboles; un oficial á la cabeza gritaba en el estruendo de las descargas:

—¡Viva el once fino!... ¡viva el once fino!

—¿A dónde va usted, compañero?—le gritó el capitán, corriendo á él, para ir á cortarle el paso.

—Señor, á tomar mejor posición posible á retaguardia, porque...

—¡Vaya usted á su puesto inmediatamente!

El oficial, avergonzado, regresó lentamente, agazapándose entre los árboles.

¡Era el que en la mañana se lamentaba de *quedarse sin tajada!*





La segunda columna que quedó á retaguardia de la primera avanzó tomando la izquierda de ésta, dejando entre ambas un intervalo considerable. Recibió orden de desplegar en tiradores *únicamente* su primera sección; sus otras dos secciones permanecieron en lo alto, mientras aquélla adelantaba sus alas para proteger un ataque de flanco.

Y en efecto, mientras la primera columna era asaltada de frente, la segunda lo fué por la izquierda.

Los mismos accidentes del terreno, la misma naturaleza del suelo, salvaje y abrupto, dió á este combate el mismo aspecto del que se librara á la derecha.

Aquellos valientes montañeses lanzaban sus gritos terribles, y con certeza prodigiosa repartían la muerte.

—¡Mueran los pelones! (1) ¡Viva María Santísima!— también gritaban por aquel lado.

Las dos columnas, paralelamente, debían descender por el cerro y desde la base de éste dirigirse á tomar las primeras casas del pueblo, llevando como reserva la tercera columna, protegidos todos por los fuegos de cañón.

Los tenientes coroneles que mandaban cada una de aquéllas, daban órdenes á retaguardia, recibéndolas á su vez, del general en Jefe por conducto de los *nacionales*.

Pero el intervalo entre las dos primeras columnas fué demasiado grande, por lo que sucedió que un pelotón de audaces tomochitecos logró intercalarse en el intervalo haciendo fuego sobre sus flancos y tomando en parte la retaguardia de la sección desplegada, la que al verse batida por tres fuegos, desesperada, contestó en la angustia de su situación en el bosque, haciendo fuego á todos lados.

Las secciones de retaguardia sintiendo llegar á través de la espesura, un huracán silbante de balas, desplegaron en desorden, y en desorden dispararon hacia abajo, aniquilando las secciones de frente.

¡Aquello fué el caos de la muerte, el momento de una desesperación inmensa! Ni una voz de mando que se escuchara, nadie que se comprendiese... Todos hacían fuego de una manera estúpida.

(1) Así suelen llamar en los pueblos de la sierra de Chihuahua á los soldados federales.

Había heridos en la espalda, muertos con las sienes atravesadas, cadáveres con las frentes hechas pedazos...

La confusión era espantosa, la pólvora cegaba por completo y los hombres rodaban entre las piedras; mientras los enemigos, sin llevar las carabinas al hombro, sino colocándolas bajo el brazo rápidamente, descargaban.

Mandaba la primera sección de esta columna, el capitán 2.º Emilio Servín, joven delgado, de rostro huesoso, bigotito castaño y ojos pequeños y brillantes, sumamente bilioso y colérico... Estaba literalmente loco de rabia.

Al ver aquel gran desorden y á su gente corriendo en todas direcciones, sin saber á punto fijo por donde estaba el verdadero enemigo, aullaba renegando y golpeando con su carabina á los que huían.

—¡Entren, cobardes!... ¡Viva el Gobierno!... ¡No corran ca...nallas!—vociferaba, rojo de cólera y con los ojos saliéndose de las orbitas...

—¡Sígueme, no sean cobardes!—y sin reflexionar, impulsado por una desesperación inaudita, saltó temerariamente por entre los matorrales; llegó á un gran claro que se hacía en el monte, sin que nadie se atreviera á seguirlo, y allí, solo, y á descubierto, soberbio, hizo fuego sobre uno de los enemigos que saltaba hacia lo alto del monte.

No tuvo éxito y cayó atravesado de una bala en el pecho, y como al pasar junto á él, aun moribundo,

les lanzara una blasfemia, le dispararon otro tiro que le atravesó una pierna.

Algunos soldados, tras de los árboles y rocas, vieron cómo, por último, el joven capitán levantó la carabina, tratando de incorporarse para hacer fuego; pero se desplomó boca abajo, muerto, con la boca abierta y espumeante, mordiendo los guijarros de la sierra, á la que con los brazos abiertos parecía abrazar en la última convulsión trágica...

¡Fatal coincidencia! Domingo Alcérreca, capitán 2.º de la primera columna, lanzado por el huracán de dispersión que en ese momento también soplaba sobre ella, había llegado al mismo punto, y allí junto á su infortunado compañero cayó con el cráneo hecho pedazos por tres proyectiles.

También los tenientes coroneles de las columnas, Gallardo y Villedas eran casi al mismo tiempo y en diferentes puntos, el uno atacado ferozmente de cerca y salvado por su asistente, y el otro herido en la cabeza, en la región frontal.

La dispersión fué inevitable entonces. Cada uno escapaba por donde podía, sin rumbo fijo, sin dirección alguna, saltando por entre los cadáveres y abandonando los heridos, que retorcían los brazos, incorporándose, desesperados, en las más lamentables posturas.

El campo erizado de rocas enormes, poblado de altos pinos, quedó regado de armas, cadáveres, heridos y maletas.

Un guiñon yacente cerca del cabo que lo portaba, semejaba con su lienzo rojo, un gran charco de sangre escarlata, que hacía aún más pálido el rostro del cadáver que yacía á su lado, con la boca abierta y los ojos mirando inmóviles el cielo resplandeciente y hermoso.

Cesó el estruendo de las descargas; solamente uno que otro tiro que repercutían los ecos de la sierra ó la detonación tremenda del cañón que aun vomitaba proyectiles sobre el pueblo, se escuchaban.

Había terminado el combate.

